

# Aguas aéreas

## Alrededor del número 100

David Huerta

### LOS CIENT AÑOS DE ALFONSO TARACENA

Conocí a Alfonso Taracena (1896-1995) en la redacción del periódico *El Universal* a principios de la década de 1990. Taracena era entonces, y hacía ya muchos años, una leyenda del periodismo en México. Además, sus contribuciones a la historia moderna del país convirtieron sus libros memoriosos en una referencia obligada para los especialistas académicos en esos temas.

El maestro Taracena iba semanalmente a la oficina de la sección cultural del periódico a entregar sus colaboraciones, lo cual significaba ponerlas religiosamente en manos de Paco Ignacio Taibo, nuestro jefe, entonces, en esa área del periódico. Iba el texto taraceniense mecanografiado en papel *revolución* (ahora esos “mecanoscritos” parecen cosa digna de un museo). Un joven acompañante ayudaba a don Alfonso a desplazarse, a subir escaleras, a orientarse en el edificio —no podía ser menos, pues el veterano periodista e historiador estaba a punto de cumplir cien años.

Todavía hay quien se lo regatea, increíblemente: Taracena murió a un mes casi exacto de cumplir el siglo de edad —nació en enero de 1896 y murió en diciembre de 1995— y dicen esos burócratas del calendario: “nunca tuvo cien años”. Yo no pienso así, por supuesto: para mí, era un hombre de cien años, aun cuando no los hubiera *cumplido*, lo cual no deja de parecerme una precisión oficial u oficiosa; es más: es el *centenario* particular del libro de mi vida, el centenario con todas las credenciales imaginables, el centenario a quien más traté y con quien más conversaciones sostuve.

Alfonso Taracena no cumplió cabalmente los cien años de edad. Pero siempre digo: “Alfonso Taracena murió a los cien

años de edad”. Eso significa lo siguiente: murió en el curso de su centésimo año de vida —esto es algo cierto, verdadero, indiscutible.

Cien años: ignoro la razón, pero cuando invoco o evoco esa edad bíblica, recuerdo de inmediato el extraño y fascinante renglón de José Lezama Lima: “El gozo del ciempiés es la encrucijada”, de la serie llamada “Playas del árbol”. La magia rotunda de la cifra (cien años, cien pies, cien números de una revista) parece trazar el círculo de un cumplimiento, el ápice de un proceso complejo y admirable, el último punto de una plenitud y el primer capítulo de una regeneración.

Sospecho lo siguiente: la letra *ce* inicial de *cien* y de *círculo* tocan sensiblemente el inconsciente colectivo y hacen aparecer en la mente la imagen de una órbita, la promesa de un recommienzo, el reinicio de un camino. A los cien años de edad, eso debe parecer una exageración total, cuando se mira de cerca la realidad del hecho; pero no lo es desde la perspectiva del ultramundo para el hombre virtuoso: la vida ha durado tanto y ya no puede durar mucho más; la etapa siguiente es, debe ser, la vida superior de los cielos, el más sublime recommienzo imaginable.

El sufijo *-ario* tiene una connotación, digamos, *colecticia*: las palabras formadas con él indican ese afán de juntar objetos, fenómenos, presencias. Crepusculario: colección de crepúsculos; diccionario: colección de “dicciones”, de voces, de palabras; anticuario: coleccionista de antigüedades. El centenario, entonces, ha coleccionado años hasta alcanzar la suma de cien en su particular y muy íntimo espacio de vida.

### EL RAYO USAIN

Siempre me ha llamado la atención este hecho de las justas atléticas: el récord mundial de los cien metros planos cronometra un poco menos de los diez segundos y durante largo tiempo fue de diez segundos exactamente (era “la barrera de los diez segundos”); por supuesto, el raudo Usain Bolt (*bolt*: “rayo”, en inglés) hace menos tiempo en ese recorrido fulgurante.

Para cualquier corredor de velocidad —cualquier atleta de otro deporte— diez segundos cronometrados en esa prueba deben ser, creo, considerado buenos, muy buenos; pienso en los futbolistas. ¿La velocidad de ese desplazamiento? Más de un distraído por las decenas y las centenas contestará automáticamente esta bobada: si un corredor hace diez segundos en cien metros, corre ¡a cien kilómetros por hora! No y mil veces no; diez veces cien, ¡no!: corre a treinta y seis kilómetros por hora.

### EN LA BIBLIOTECA

He buscado en mi biblioteca doméstica —y hallado sin un esfuerzo especialmente grande— varios libros notables con el número 100 en el título. Por supuesto, como era de esperarse, en esos rótulos titulares de obras literarias el número 100 está escrito con letra. Enumero rápidamente esos libros: *Cien cartas a un desconocido*, de Roberto Calasso; *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez; *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana*, de Marcelino Menéndez Pelayo; *Cien sonetos de amor*, de Pablo Neruda. Otro libro de la misma familia, pero con un título levemente diferente, es *Mi siglo*, de Günter Grass, colec-

ción de cien piezas sobre los años del siglo XX, de 1900 a 1999. Cada quien podrá hacer su propia lista de libros semejantes en su biblioteca. En la mía debe haber otros, pero no los he buscado con más ahínco; estoy seguro, penosamente seguro, de haber sido víctima de algún atraco —por ejemplo: ¿quién sustrajo de mis estanterías la antología de Octavio Paz titulada *La centena*, volumen muy querido, leído y releído?

Desde luego, esta diminuta lista merece algunos comentarios. En primer lugar, el comentario implícito en la clasificación por géneros: una recopilación de “solapas” o notas editoriales (el libro de Calasso, editor de la legendaria casa Adelphi, hacedora de algunos de los mejores libros italianos y europeos); una novela, condensación insuperable de la imaginación latinoamericana; una antología de poesía cuyo espacio es una lengua en su integridad y cuya limitación es un género (la poesía *lírica*); un libro de sonetos heterodoxos; el testimonio secular de un escritor sobre la época principal de su andadura vital (el siglo XX: en este caso, “el siglo XX, con sus cien años exactos, de Günter Grass; queda pendiente la eterna discusión: ¿es el año 1900 el último del siglo XIX y el 2000 el último del siglo XX?”).

Los libros de Calasso, Menéndez Pelayo, Neruda y Grass informan acerca de la cantidad de textos contenidos entre sus tapas: cien solapas, cien poemas líricos en español, cien sonetos anómalos de amor; el libro de Grass y el de García Márquez contienen la noción de siglo, colección de cien años: el siglo XX, el siglo vivido por la familia Buendía hasta el cumplimiento de la maldición.

El tema de los números en literatura... Las mejores y más amenas páginas acerca de esto se encuentran aquí, en el libro de E. R. Curtius, ahora abierto ante mis ojos: *Literatura europea y Edad Media latina*: específicamente el excursu XV, titulado “Composición numérica”.

#### CATULO Y CASTILLEJO

¿Es “cuantificable” un gran amor? En el caso de una de sus principales dimensiones, el contacto físico, sin duda lo es. Para no entrar en otros terrenos, conformémonos



con los besos, los simples y destellantes besos de los amantes, los novios, los prometidos y también, claro, los esposos. ¿Cuántos deberían ser? Cientos, miles, respondió el poeta latino Cayo Valerio Catulo. Cientos y miles de besos, sujetos a una multiplicación incesante, a un crecimiento exponencial, a un aumento de vértigo y deseo.

Uno de los poemas más conocidos y antologados de Catulo es uno cuya línea más famosa dice en venerable latín: “*Da mi basia mille, deinde centum*”. Tres versos forman un auténtico frenesí de cientos y de millares de besos:

*Da mi basia mille, deinde centum,  
dein mille altera, dein secunda centum,  
deinde usque altera mille, deinde centum.*

En el siglo XVI, un poeta español llamado Cristóbal de Castillejo se detuvo largamente ante ese pasaje de la poesía catuliana. ¿Cómo sonaría en español? Pero no trasladado nada más así; sino con la andadura prosódica de la expresión lírica de nuestra lengua. He aquí el resultado de los afanes traductoriles de Castillejo:

Dame, amor, besos sin cuento  
asida de mis cabellos,  
un millar y cientos dellos  
y otros mil, y luego ciento,



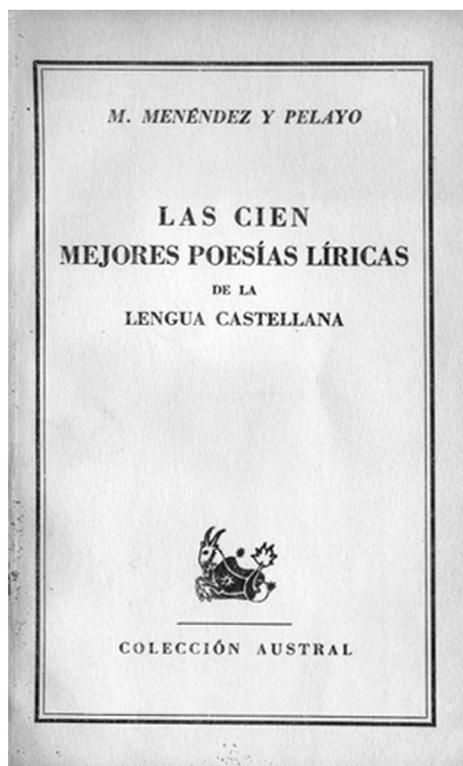
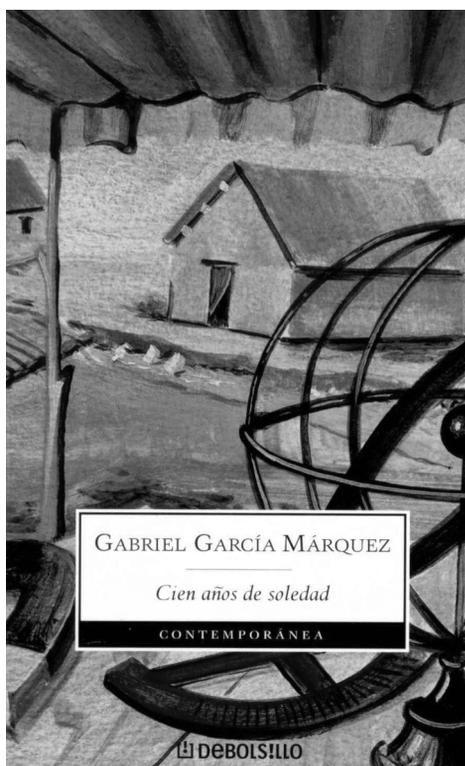
y mil y ciento tras ellos;  
y después  
de muchos millares tres,  
por que ninguno lo sienta,  
desbaratemos la cuenta  
y contemos al revés.

El lirismo de Castillejo es plenamente renacentista, como lo señala Antonio Alatorre en *Los 1,001 años de la lengua española*: “En esta copla castellana de Castillejo sonríe plenamente Catulo y se respira el aire del Renacimiento”.

La versión del poeta español está hecha en metros castizos, reminiscencias vivas de la poesía de Jorge Manrique, tesoro vivo de la lírica española del siglo XV; es como si Castillejo hubiera hecho español al muy romano Catulo: efecto radical de la traducción o trasvase de una lengua a otra. Esa joyita del clasicismo renacentista español no figuraba en la edición *princeps* de la obra de Castillejo; fue rescatada por el admirable bibliógrafo Bartolomé José Gallardo y luego recogida en la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

#### LAS REVISTAS Y LOS ANIVERSARIOS

Por azares y extrañas circunstancias de mi vida como lector, es decir: como insaciable



consumidor de papel impreso, me he encontrado —casi diría: “de pronto”, pero no es creíble ni para mí mismo— con una simpática colección de revistas literarias. En ningún momento me propuse formarlas; no, por lo menos, conscientemente. No me dije “seré coleccionista de revistas; si es posible, de colecciones completas de revistas”. Simplemente sucedió. No tengo casi ninguna serie de revistas de cien ejemplares o más; la mayoría se quedan en las esforzadas decenas, con excepción de las dirigidas por Octavio Paz en México, *Plural* y *Vuelta*. Abundan los números sueltos, las series incompletas.

Algunas de esas revistas están en la edición original; otras, en ediciones facsimilares, gracias a los buenos oficios, como editor con una afilada conciencia histórica, de José Luis Martínez, en los años en los cuales fue director del Fondo de Cultura Económica y echó a andar la extraordinaria colección llamada Revistas Literarias Mexicanas Modernas. A esa iniciativa debemos el rescate de valiosísimos materiales, puestos a salvo del insidioso polvo de las hemerotecas, verdadero monstruo come-papel. Un facsímil celosamente atesorado en las estanterías de mi biblioteca doméstica es el de la revista cubana *Orígenes* (“joya repetida”, como describió José Agustín Goytisolo la secuencia de sus

cuarenta entregas); esa edición fue hecha en 1992 con motivo de los quinientos años del viaje trasatlántico de Cristóbal Colón y preparada por un editor de primera línea, poeta magnífico e investigador acucioso: Marcelo Uribe. Tuve algunas joyitas, ahora en manos de lectores más meritorios —como algunos ejemplares de la inglesa *Horizon*, actualmente en la bibliohemeroteca de un ensayista y crítico mexicano.

*Sur*, *Orígenes*, *Contemporáneos*, *Taller*: las revistas y las generaciones, los grupos y los escritores, los lectores y las polémicas —todo el paisaje, complejo, abundante, colorido, lleno de voces y de ideas, de pasiones y de encuentros, de viajes y desencuentros. Esas revistas fueron la sangre circulante de la vida literaria de América Latina y en el siglo XXI son la estofa de nuestro moderno clasicismo.

En esas revistas hechas, en cada caso, por miembros de una misma generación, había escritores más visibles, más destacados, y no eran siempre los directores. Cuando decimos “la revista *Sur*”, evocamos de inmediato la figura de Jorge Luis Borges, y allá al fondo, sin duda, aparece por fuerza la silueta de Victoria Ocampo o el perfil de José Bianco o la presencia del *dandy* Adolfo Bioy Casares. Si decimos “la revista cubana *Orígenes*”, aparece el Lince de Tro-

cadero: José Lezama Lima, oracular en su casa de La Habana Vieja; los informados deberán mencionar, empero, a José Rodríguez Feo cuando se habla de *Orígenes*: a él se debe la existencia misma de la revista y muchas de sus colaboraciones más vistosas —para no ir más lejos, los textos de Wallace Stevens (la correspondencia Stevens-Rodríguez Feo, en cuyo centro está la experiencia de *Orígenes*, es una maravilla). Al pronunciar la frase “la revista *Contemporáneos*”, evocamos a la generación luminosa: Villaurrutia, Pellicer, Gorostiza, Novo, Cuesta, los grandes autores —poetas, críticos y dramaturgos— de nuestro siglo XX, sobre todo en su primera mitad. Al evocar “la revista *Taller*”, se nos viene a la cabeza la imagen de un joven Octavio Paz y de un no menos joven Efraín Huerta; los más enterados mencionarán a Rafael Solana, a Alberto Quinteto Álvarez.

Debo decirlo todo: mi interés por las revistas literarias —un interés de toda la vida, acentuado por el hecho comentado a continuación— se intensificó debido a mi participación en la hermosa revista universitaria *Periódico de Poesía*, en la cual estuve algunos años al lado de Eduardo Uribe, Pablo Lombó, Francisco Martínez Negrete y Lourdes Ladrón de Guevara. En poco menos de una década, pudimos publicar trece números; al retirarnos de esa aventura editorial, ordené cuidadosamente en mis estantes esas trece entregas y las puse al lado de otras revistas amigas, como *El Zahir*, *El Zaguán* y la excelente *Paréntesis*, dirigida por Aurelio Asiain en la primera época y después por Jaime Moreno Villarreal. Me pareció justo darles un marco histórico a esas publicaciones tan valiosas y puse a su lado los facsímiles de revistas modernas del Fondo de Cultura Económica. Agregué a esas estanterías los números sueltos de *Sur* rescatados de librerías de viejo y otros modestos tesoros hemerográficos: había juntado, casi sin quererlo, una discreta colección de revistas literarias.

Las revistas nos acompañan a lo largo de la vida lectora: son veneros de los libros, sitios de encuentros artísticos y reflexivos, espacios de la polémica, periódica secuencia de textos, memoria activa de la literatura. Cien números de una revista: cien motivos de celebración. **U**